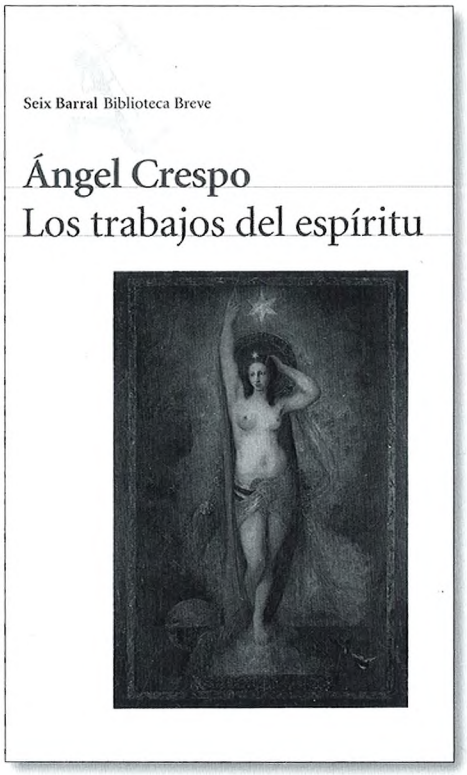
LA NATURAL EMOCIÓN DE ÁNGEL CRESPO

Antonio Colinas

Aproximarnos a la obra en general de Ángel Crespo, y a la poética en particular, me lleva a señalar algo primordial que subraya y dignifica su obra: nos encontramos ante un autor que, en el momento en que esta obra se acrecienta y madura –sobre todo la década de los 50– rompe, quiebra el dogmatismo de las generaciones poéticas, comenzado por la que alude teóricamente a esa etapa concreta.

Desde sus primeros libros nos encontramos ante un autor que ha encontrado su *voz*, que posee el don de una voz poética y que a ella va a ser fiel hasta sus últimos días, con las variantes enriquecedoras, por supuesto, que los distintos



libros suyos van aportando. Desde esos momentos primeros nos encontramos con la claridad y la emoción, que son características centrales de sus textos, pero también con algunas fidelidades estéticas que luego van a acrecentarse con su trabajo como profesor, ensayista y traductor, con entregas de excepción.

Me estoy refiriendo, por ejemplo, a su amor a Italia y a la cultura italiana, que de manera expresa encontramos en algunos de los poemas de *En medio del camino*, pero concretamente en uno de ellos que es una verdadera "fe de vida", pues señala un modo de ser y estar en el mundo, un sentido de universalidad. Me refiero a "Una patria se elige". Detrás de la "soledad" existencial –que no es sino una expresión de la lúcida consciencia de ser–, hay una mujer o, en este caso, una "segunda patria" que orienta y libra de los amargores de la propia: "Mi otra patria es Italia/–la del verbo/ y el amor– y en sus calles/ jamás cayó de mí/ una hoja muerta". Detrás de este sentir esencial puede estar luego la Italia de los nombres propios (Galileo y Bernini, Dante y Savonarola–, pero lo esencial queda fijado en ese directísimo poema en el que la segunda patria es el lugar de la iluminación y del amor.

Por tanto, en primer lugar, al escribir sobre Ángel Crespo, debemos tener en cuenta esa situación ajena suya a los intereses generacionales y la fidelidad a la propia voz. Su obra es su vida y su "teoría" sus afectos intelectuales. En años nada fáciles, con no poco esfuerzo, hay por ello ese mirar suyo hacia fuera –primero hacia Italia y luego hacia la cultura portuguesa– que enriquece su visión de la realidad. El momento testimonial supremo será quizá la publicación de su traducción de la *Commedia* dantesca, que como todos sabemos no va a ser una traducción más del libro de Dante, sino su traducción.

De ella diremos, al sobrevolarla ahora, que Crespo no sólo es bastante fiel al contenido del texto, sino en su forma (mantener, por ejemplo, el terceto encadenado dantesco con su rima: un gigantesco reto superado). Se adelanta también Ángel

en dos décadas a la apresuradamente considerada como "estética veneciana", que en él se nos ofrece siempre en los temas desde esa claridad emocional que hemos comenzado subrayando y no desde presupuestos artificiosos y huecos, desde la verborrea engañosa.

Resonancias grecolatinas, presencias de Francia y, como ya he dicho, su interés por la cultura portuguesa, seguirán fertilizando la mirada de este poeta que, a su vez, posee raíces muy profundas (naturales también, no apegadas a lo meramente rural o costumbrista) en su tierra natal. No cabe, pues, hablar de la poesía de Ángel Crespo sin olvidarnos de sus tres libros sobre Fernando Pessoa, lo que nos lleva no sólo a recordar su labor como traductor sino también a su vertiente ensayística, en la que tampoco faltan sus estudios sobre el propio Dante, el Duque de Rivas o Juan Ramón Jiménez.

La presencia de la obra de este último –su confluencia concreta con la pintura– se avivará al contacto con Puerto Rico, tierra en la que Ángel y Pilar Gómez Bedate, su mujer, residirán. Y aquí hay que poner en el haber de su obra, en su actitud siempre abierta, esa vivencia en el extranjero que –insisto, en años entre nosotros nada fáciles y culturalmente secos– ensanchan enormemente la personalidad intelectual de este escritor total español.

Y sin embargo... Las diversas culturas, los viajes, la labor de traductor, enriquecen su personalidad, pero en el fondo están siempre esas *raíces* del origen que son las que le proporcionan a todos sus libros esa claridad, esa pureza formal, esa intensidad y esa emoción en las que estoy insistiendo.

Hay veces en las que el poeta necesitará del poema de amplio respiro, extenso, para desarrollar su Poética, que siempre su formación, sus lecturas, las claves cultas, imponen. Estoy pensando en textos a veces dialogados, como los del libro *Amadís y el explorador* ("Perseo y el cowboy", "Abraham y Gehová", "Odín y la ragazza" o "Graciela y el Tritón"), pero siempre el lenguaje esencial lo encontramos en sus mensajes más directos y naturales, en poemas a veces muy breves, pero reveladores de la lucidez de *ser*.

El poeta, a veces –en estos caminos en busca de lo esencial y alejado de la retórica, a medida que su obra se acrecienta–, el poeta los irá fijando a través de los símbolos, algunos de los cuales llegan a dar de manera exclusiva título a muchos de sus poemas (el mar, el camino, la luz, las nubes, el sol, los pájaros). Pero, a la vez, hay un progresivo afán de ir hacia la desnudez y la tensión expresivas, hacia la concisión, que vemos de manera muy acabada en el *Segundo libro de odas*. Aquí la emoción se ve contenida por la reflexión, el sentir por un meditar en los límites; pero siempre es esta situación en los límites la

que va hilando la trama del poema, esa lucidez en la claridad que traspasa su obra poética.

Sin embargo, en el fondo, siempre hay un círculo que se cierra en la obra de los autores verdaderos, y es un círculo que se cierra donde se abrió: en esas *raíces* que en nada mejor se revelan que a través de la naturaleza; que, como también ya hemos dicho, no viene acompañada de los ribetes rurales o costumbristas propios de la posguerra, a modo de "estampas", sino filtrados a través de una cultura simbólica muy asumida y decantados en un sentir sincero. Parafraseando a Antonio Machado, recordamos por ello que el poeta se está ciñendo a decir lo que simple y llanamente quiere y debe decir. Nada más.

Llega así el momento de recordar uno de sus libros más bellos, *Ocupación del fuego*. El poeta estuvo en sus orígenes cerca de movimientos impulsores, como el postismo, cerca de revistas de vanguardias, bebió en otras culturas, viajó, pero al final llegó ese momento de la contemplación (del *templarse.con*, decía Fray Luis de León) que serena y que devuelve lo verdadero de la vida al que interpreta la naturaleza, que no exclusivamente los "paisajes".

Es el momento en que retornan los símbolos, ya desde los títulos de los poemas, pero ahora con una significación todavía más esencial; símbolos que conducen a un proceso de metamorfosis, de transformación anímica que es la que implica, en el fondo, ser poeta con todas las consecuencias; es decir, metamorfosear lo vivido a través de las palabras sabiamente utilizadas en el poema.

El fuego, la llama, la hoguera, el ángel, el espejo, el pozo..., son ya símbolos con los que el poeta dialoga con lo esencial, aunque el poema sea "vuelo" más que una mera fijación "fotográfica" y, sobre todo, expresión de lo que el poeta reconoce como la *llama una*, la plotiniana idea de Unidad, diríamos nosotros, punto referencial donde todos los mensajes se funden armónicamente. El símbolo de la *llama una* es la que va acabar proporcionándole al poeta el conocimiento suficiente y último, el que hace de la existencia, de "lo consumido", algo "eterno".

A veces, en este afán de Unidad, de dialogar (o utilizar) símbolos supremos, no faltan los ecos del pensar de Extremo Oriente; porque lo uno deriva a su vez en lo "uno de lo uno", a la manera de la unidad taoísta que se deshace fecundamente en la diversidad, en la multiplicidad de seres y sentires. Es el momento en que la realidad que los ojos ven conduce al poeta a la *segunda realidad*, al instante (y aquí es donde las imágenes sustituyen a la reflexión) en el que "el sol se imagina hecho de nieve".

El "fuego" es, en este momento creador, el elemento clave de esa transformación o metamorfosis por ser expresión de la luz del conocimiento, pero también

Ángel Crespo en Venecia (1994)

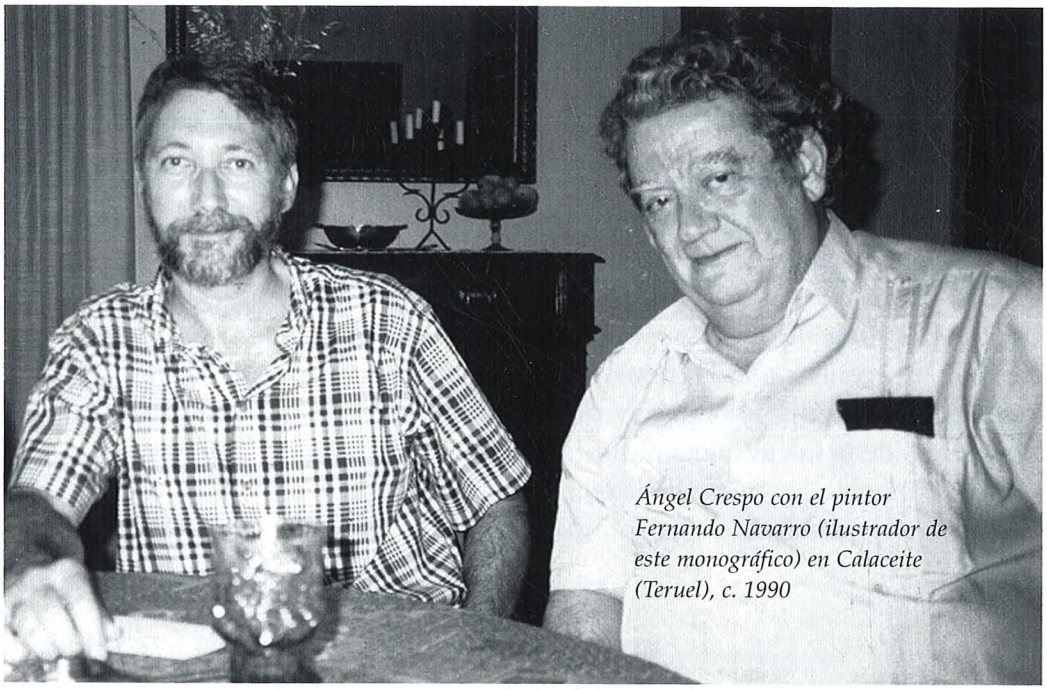
de lo que revela dicha transformación. De ahí el "arder" también en lo que se contempla y con los que se contempla; proceso que de nuevo devuelve al poeta a la Unidad de ser, que ahora –aquí de nuevo el Tao– está compuesta de "lo claro y lo oscuro", de la ineludible y radical dualidad.

Se mantendrá en esa delicadeza, tensión y significación de la "llama" hasta sus últimos poemas. Es el momento en el que empieza a sentir "muerte en sus

palabras", de que "todo era engaño", de un tiempo "sin dioses". Pero, como en sus primeros versos, el poeta tenía cerca esa emoción y esa claridad natural y esencial en el decir, que neutraliza cualquier negrura, cualquier presencia negativa del tiempo que huye, del final que llega.

Y es que los poetas, nos dice, gracias a su palabra, "transforman a la tierra", enriquecen la realidad conduciéndonos más cerca de una realidad superior. Puede llegar, con sus últimos versos, "la sombra", pero el que escribe es ya "música o estrella" gracias al don de esa palabra. Y de esta manera busca salvar a sus lectores. Y los salva. Por ello, su palabra es ya "palabra en el tiempo". No simple palabra que comunica, se extravía en la retórica, o testimonia, o "fotografía" la realidad que los ojos ven. Por eso, la poesía de Ángel Crespo se distingue sin generaciones, va *más allá* porque posee el don de haber tenido una *voz*.

Pero no se puede abordar la poesía de Crespo sin tener presente esa visión del conjunto de su trabajo que la enriquece. En este sentido, recomiendo al lector las páginas de su Diario *Los trabajos del espíritu*, transcrito y prologado por Pilar Gómez Bedate y alusivo solamente a la etapa de su vida que, fragmentariamente, va de 1971 a 1979. Esta obra se cierra con unas palabras que aluden muy bien a ese sentido primordial y sincero de la escritura de este poeta: "Me doy cuenta de que cuanto está por debajo del espíritu es, todo lo más, un remedo de él..." La vida empapa estos textos sabrosos y personalísimos, reflejo de una gran inquietud intelectual y viajera, pero nunca faltan en ellos apreciaciones teóricas que la fundamentan. O vivencias plenas como la que este jugoso libro nos ofrece.



Ángel Crespo con el pintor Fernando Navarro (ilustrador de este monográfico) en Calaceite (Teruel), c. 1990